

guian creyendo que toda reforma era inútil, todo trabajo estéril, todo tiempo perdido, toda combinación política ilusoria, si el partido democrático no entraba de una vez en pleno socialismo.

Armonizar estas ideas contradictorias, reunir en uno solo estos partidos opuestos; hacer de estos capitanes desbandados huestes agueridas, con un solo propósito y una sola bandera, obra difícil parecía á primera vista; pero la llevó á cabo con grande tacto en su proceder, y mucha elevación en su pensamiento el jóven diputado Gambetta que se habia ganado la jefatura del partido por el vigor de su frase, verdadero continente de ideas profundas y por el acierto de su conducta que mezclaba á la energía de un convencional maravillosa flexibilidad, propia de su estirpe italiana.

El manifiesto de la izquierda vió la luz pública. Empezaba recordando la fecha siniestra del dos de Diciembre. Seguía diciendo que el gobierno personal era conocido por sus frutos, y estaba plenamente condenado por la experiencia. La nueva Constitución no era más que un simulacro de libertad y un nuevo sofisma opuesto á la única solución posible, al gobierno de Francia por la misma Francia. Todo quedaba inalterable después de las últimas reformas. El Emperador entraba en todas partes, con los mil ojos de su policía, con las cien mil manos de sus burócratas, con los quinientos mil piés de su ejército, semejante en lo monstruoso y en lo omnipotente á los horribles ídolos de la antigua India. El Emperador conserva el gobierno personal por el derecho de declarar la guerra que se arroga; por el Consejo de Estado que nombra, por el Senado que nombra, por el Cuerpo Legislativo que hace nombrar bajo la máquina de su centralización administrativa, por los alcaldes que entienden sobre las últimas aldeas la sombra letal de las Tullerías, y hacen presidir los ayuntamientos por una pálida y siniestra imagen del César. Además de este poder, ya monstruoso, reservábase dos prerogativas casi

increíbles, primero la iniciativa absoluta de proponer las reformas constitucionales que en ningún pueblo libre puede pertenecer á una sola persona; y luego la amenaza de apelación al pueblo que es tanto como elevar los golpes de Estado á institución definitiva y permanente. Los que quisieran renovar, rejuvenecer el Imperio, ratificarle sus títulos antiguos y conseguirle otros nuevos, deben votar sí; pero aquellos que aprendieran la triste lección de los últimos veinte años, y aprovecharán la experiencia de Méjico, de Sadowah, debían votar no para limpiarse de toda mancha y rehuir todo contacto con los tiranos de Francia, á nombre de la dignidad y del honor nacional.

Pero con tener un manifiesto formado por los hombres más ilustres del partido democrático no se tenía, en verdad, toda la democracia. Una parte considerable se empeñaba en la política intransigente. Y la política intransigente es un conjunto de ideas y de leyes de conducta que se propone acelerar el triunfo de la democracia, y la retarda y la pierde. Registrad los pueblos libres por excelencia, Suiza, Inglaterra, los Estados-Unidos, y no encontrareis partido intransigente. Es un fruto, y un fruto podrido del despotismo. Es un fantasma que asalta á los pueblos de antiguo hundidos en el sueño de la servidumbre. El intransigente aborrece más á los republicanos sensatos que á los déspotas. Sus armas no se esgrimen tanto contra la tiranía, como contra aquellos que la han derribado y la han destruido con el fuego de su palabra. Los programas intransigentes son abigarrada Babel de utopías. Cada cual trae en su caletre una receta que contiene todos los específicos y que cura todos los males. Dadles un día la *Gaceta* y vereis la ignorancia disipada, la miseria destruida, el pueblo emancipado, la propiedad trasformada, las fábricas llenas de trabajadores contentos, y los muelles y los almacenes rebosando con los productos del comercio. Y sin embargo,

la historia enseña que estos redentores, dotados del don de los milagros, sólo han sabido con sus palabras de guerra, con sus locuras demagógicas, con el terror social sembrado por sus discursos y por sus artículos retardar el triunfo de la democracia; y cuando ese triunfo ha venido contra todas sus esperanzas, contra todos sus proyectos, por el camino provisto de los prudentes y de los hábiles, tan calumniados, malograrlo en orgías como la orgía de los comuneros de París, en crímenes como el crimen de los cantonales de Cartagena. El rasgo distintivo, característico de los intransigentes, el que más los señala y enaltece, es el constante empeño de hacer todo aquello que puede servir al despotismo y deservir á la República. ¿Qué podía en aquel momento servir el despotismo? El difundir utopías, el amenazar á la propiedad, el aterrar á las clases acomodadas, el encender la antorcha de la revolución, y blandir en los aires la espada apocalíptica de los ángeles exterminadores, anunciando la revolución universal. ¿Qué más podía servirle? El disuadir á los demócratas de votar, el aconsejarles un retraimiento místico, el decirles que dejaran solos á los imperialistas para que la Francia se olvidase por completo de que existía la República. Pues hé ahí lo que hicieron: todo cuanto pudiera servir á la causa del César y deservir á la causa del pueblo. Así todos los intransigentes de Francia se decidieron por la abstención, es decir, por la demencia del suicidio.

La *Marsellesa*, órgano de Rochefort, comenzó á enarbolar esa bandera del retraimiento y á sostenerla con su natural pasión. Abstenerse, decía, es negar al Imperio el derecho de intervenir en el sufragio universal. Abstenerse en el plebiscito y no abstenerse en la prensa, era una inconsecuencia que mal podía cohonestar el periódico avanzado. Ir á los congresos y no oír á los comicios, era otra inconsecuencia no ménos

B.

palmaria. Se abstenia de ser ciudadano; pero no se abstenia de ser diputado. No quería colaborar á las leyes constitucionales, y colaboraba á todas las demás leyes. Negábase con su abstención al Emperador la facultad de mezclarse en el ejercicio de un derecho tan eminentemente político como el derecho de sufragio, y no le negaba con su presencia en el periodismo, la facultad de mezclarse en el ejercicio de otro derecho tan natural, tan ingénito á nuestro sér, como el derecho de emitir el pensamiento. No hay que forjar sofismas inútiles. En realidad, lo que pretendía el partido extremo con estos errores prácticos, era dividir la democracia, quebrantar su fuerza de acción, poner obstáculos al desarrollo de la política iniciada por los verdaderos jefes del partido, cayendo en una especie de misticismo político, de contemplación platónica y estéril de la República que habia de terminar por una verdadera anulación de nuestras fuerzas y un verdadero retroceso á tiempos de ensueños imposibles y de proyectos quiméricos, cual si la democracia hubiera vuelto, como los viejos, á la infancia.

¡Donosa teoría! Para enseñar, callarse; para organizar, abstenerse; para conocer y ser conocido, ausentarse; para pelear, huir. ¡Donosa teoría de trascendentales consecuencias! Y los clubs, las reuniones públicas, desvariaban como esos desvariados, y maldecían de la democracia como esos locos. Aconsejamos otra vez á nuestros lectores que, si no pueden procurarse las actas originales de las reuniones públicas, lean, cuando ménos, su Historia, ligeramente bosquejada por la pluma ingeniosísima del escritor Molinari. La libertad no debia ser para ellos la luz, sino el relámpago. Así los presidentes honorarios eran siempre los más exagerados: Rochefort, que estaba en la cárcel; Flourens, que estaba en la emigración; Megy, que acababa de matar á un agente de policía. La cuestión única, la cuestión por excelencia debatida entonces en las reuniones públicas, era la conducta que debia seguir

79

el partido en tan profunda crisis. Nadie, por supuesto, piensa allí en votar afirmativamente el plebiscito. Los ánimos se dividen por uno de estos dos procederes, por votar no, ó por abstenerse. Ved la reunion del veintiocho de Abril en la sala de Fohes-Bergere. Allí no se ven imperialistas. Cierta republicano conjura á los que pueda haber en el salon á presentarse, á dar su cara y su nombre. Un viejo tiene el valor de decir que él es imperialista. Este valor le sirve de escudo y le da á alguno de los más intransigentes gran tentacion de aplaudirle. Al fin viene un orador que debe decir algo, Mr. Villiaumé, antiguo republicano, convencido economista, viejo de probados servicios y de entero carácter, autor de una Historia de la Revolucion francesa, que mereció á Proudhon el más exaltado elogio, pues la puso sobre todas las Historias de esa dramática época.

*Mr. Villiaumé:* Ciudadanos, yo estoy por el voto negativo. Trescientos mil votos depositados en París, matan el Imperio. París representa todas las fuerzas vivas de Francia; París lleva la Francia como la cabeza al rabo. (*Varias voces: ¿Qué quiere decir eso de llamar rabo á la Francia, rabos á los departamentos? Protestamos.*) Gran tiempo aquel de la revolucion, prosigue el orador, inmortal jornada la jornada del 10 de Agosto. Condenemos á eterna execracion la memoria del infame bandido de Santa Elena. (*Aplausos. Gritos de ¡A la cuestion! ¡A la cuestion!*) Votemos no.

*Mr. Lermina:* Señores, pertenezco á la mesa, pero me separo de ella, me voy de la reunion ahora mismo, si no me dejan decir todo lo que me parezca. (*Gran movimiento de curiosidad.*)

*Un ciudadano:* Que se lo dejen decir todo.

*Otro ciudadano:* Suceda lo que quiera.

*Muchas voces:* Que lo diga todo, todo, todo.

*Mr. Lermina:* No quiero la abstencion, porque la abstencion es la paciencia. Quiero que se vote no; porque el votar no compro-

mete á la accion inmediata. Votar no es la intimacion hecha al Imperio para que se vaya. (*Una voz: ¿Y si no se quiere ir?*) Entonces le obligaremos á irse por fuerza, ó emplearemos las armas, ó llamaremos á la revolucion, ó nos echaremos á la calle con toda nuestra gente, á pelear con todas nuestras fuerzas. (*Ruidosos aplausos, agudísimos gritos.*)

El público mira al comisario de policía que permanece impassible, y toma notas con actividad y con ardor.

*Un ciudadano:* Ruego á los periodistas que no reproduzcan mis palabras, pues causarán pésima impresion allá en los departamentos. Es necesario votar no á toda costa. Las libertades de que gozamos vienen á ser completamente ilusorias. ¿No lo estais viendo? Se habla del derecho de reunion. ¿Y qué es el derecho de reunion sino la mayor celada? Ahí está el comisario de policía que nos oye, nos mira, apunta nuestros nombres y levanta acta de nuestras decisiones. Pues ¿para qué está ahí? Para suplir á la insuficiencia de la policía secreta. Esta habia perdido la pista de nuestro personal. Ya no nos conocia. Y ahora viene aquí, en la persona del comisario, os oye, y se entera de cuáles son los hombres más resueltos y más valerosos de la democracia para contárselo á su amo. (*Prolongadas risas.*) El derecho de reunion es el medio más cómodo y más seguro de enterarse á ciencia cierta de los nombres, de las personas, de la figura y de la calidad de todos los soldados más decididos y más valientes que hay en la democracia. (*Repetidas y prolongadas risas.*)

El 29 de Abril de 1870 se celebró otra reunion allá en el barrio avanzado por excelencia, en la Villette, y en el local que se titula Sala de la Marsellesa.

*El Presidente:* Ciudadanos: En este caramanchon, entre tantos quinqués de mal oliente petróleo, con los cigarros encendidos, con las nubes de humo despedidas por todas las bocas, no hay medio ni de que nos veamos

unos á otros, ni de que respiremos todos. Yo os ruego que apagueis los cigarros.

(*Los apagan murmurando.*)

*El Presidente:* Ahora voy á nombrar dos comisarios y á ponerles insignias para que mantengan el orden.

*Un ciudadano:* He pedido la palabra para dirigir necesaria advertencia á la reunion. Es de uso corriente aquí el insultar al Emperador y á los suyos. Esto me parece indigno de la cultura popular. (*Aplausos.*) Decid lo que sintais; pero sin groserías. (*Grandes aplausos.*)

*Un ciudadano:* Quiero leer una *Marsellesa* en verso á favor de la abstencion electoral.

Lee.

*Una voz:* Eso es muy largo.

*Otra voz:* Y muy pesado.

*Varias voces:* Nada de versos. Queremos oradores en prosa.

*Un carpintero:* Votemos por la abstencion y no se dirá que hemos puesto puntales al Imperio.

*Un hortera:* Yo quiero la Constitucion del noventa y tres, la Constitucion de Danton, Robespierre y Mirabeau.

*Una voz:* Pero si el año noventa y tres Mirabeau ya estaba cansado de dormir en el cementerio.

*Varias voces:* A la cuestion, á la cuestion.

*El hortera:* Yo he entrado por mi propio pié, y á razon de mi cargo en el palacio de Saint-Cloud. (*Risas.*) Allí he visto fuera figuras militares bronceadas por el sol de Africa que guardan pacientemente el sueño del tirano; y dentro lacayos luciendo las pantorrillas, damas luciendo el pecho, vestidos todos de su deshonra. (*A la cuestion, á la cuestion.*)

El orador se perturba y deja la tribuna.

*Mr. Malardier:* Yo he calculado lo que el Emperador gasta por dia, por hora, por minuto. Espanta. Muchas familias vivirían un

año con lo que él consume en un segundo. (*Bravo, bravo.*) No digo nada de lo que podrían hacer buenos ganaderos con el ganado inútil que sólo para divertirse tiene en los sitios reales. Gran boca la boca del Emperador. Gran estómago. (*Risas y aplausos.*)

*Un ciudadano:* Propongo que se abra un boulevard entre el Obelisco de Luxor y la Iglesia de San German. Ese boulevard debe ser en línea recta y de mucha anchura. Así vereis cómo desaparecen las Tullerías y el Louvre.

*Mr. Depas:* Yo estoy por la abstencion. Mi doctrina es la doctrina de la Internacional. Estoy por la abstencion y me fundo en la naturaleza. Ya sabeis que la naturaleza tiene horror al vacío. Hagamos el vacío en torno del Imperio. Este método lo hemos aplicado á un trabajador, comisionado por la Exposicion, que tuvo la debilidad de dejarse condecorar por el Imperio. Si saludaba, no se le devolvía el saludo. Si hablaba, no se le respondía. Si alargaba la mano, ¡ah! nadie se la tendía ni se la alargaba á él. Resultado: al poco tiempo estaba para ahorcarse, á lo ménos para darse á todos los demonios. También se ahorcará el Imperio si le cercamos por la abstencion y le metemos en el vacío. Absteniéndonos, debemos, sin embargo, conservar nuestras cédulas de electores como los católicos sus cédulas de comunión. Desde mil ochocientos cincuenta y dos yo he sacado todas mis cédulas electorales. (*Se echa mano al bolsillo.*) Miradlas. Aquí las tengo intactas y limpias. Cuando haga testamento encargaré que las pongan sobre mi ataúd, y serán su más bello y su más honroso ornato. Creedme. No podemos votar, no, puesto que lo han aconsejado los diputados de la izquierda. Cuando esos señores dicen ó hacen algo, yo digo y hago todo lo contrario, seguro del acierto. Esos republicanos aristócratas nombraron al general Cavaignac y nos trajeron las jornadas de Junio. Maldicion sobre ellos, que sólo quieren la República para ser mi-

nistros. El pueblo nada puede esperar de esos ambiciosos, cuya República no valdría mucho más que el Imperio. (*Ruidosos aplausos. Profunda sensación.*)

*Un ciudadano:* Os andais por las ramas. Mientras no tengais el soldado, no tendreis nada. Los soldados quisieran abstenerse; pero no los dejan. Y habrán de votar en los cuarteles á la vista del coronel, del teniente coronel, y del comandante. Buenos votos estarán ellos. ¿Vosotros no conoceis á los comandantes del ejército francés? ¡Qué gente! Malo es un coronel, pésimo un teniente coronel; pero los comandantes, amigos míos, los comandantes son verdaderas hienas. (*Risas.*) No os riais. Cómo se conoce que no habeis probado su férula ni su génio. Es necesario que el soldado vote con los demás ciudadanos. Es necesario llevar la propaganda á los cuarteles. Propongo que se nombre una comision encargada de esto.

*Muchas voces:* Lo esencial es tener fusiles, fusiles, siempre fusiles.

El treinta de Abril hubo otra reunion por el estilo, en la sala del galante jardinero.

*Un orador:* Yo estoy por el voto negativo. La abstencion es puro amor propio. Os absteneis, porque negais su derecho al Imperio de convocar al sufragio universal. No quereis defenderos. Pero si os encontrárais un ladrón en vuestra casa, no se la dejaríais toda entera, bajo el pretexto de que no tiene derecho á estar en ella. Se necesita un voto decisivo. Lo exigen de nosotros Polonia y Grecia, que necesitan acudamos en su auxilio, á nombre y representacion de la República universal.

*Un abstencionista:* El orador que acaba de hablar, es un inocente.

*El aludido:* Protesto.

*El Presidente:* No veo el motivo de la protesta.

*El aludido:* Pues se necesita estar ciego para no ver que inocente quiere decir tonto.

*Los abstencionistas:* no, no.

*El aludido:* sí, sí, digo yo, inocente quiere decir tonto, ó bestia.

*El abstencionista:* Ciudadanos, yo explicaré la palabra sin necesidad de recurrir á la Academia. Inocente quiere decir iluso. Pero de todos modos, aunque la palabra no sea en manera alguna ofensiva, puesto que ha ofendido, la retiro.

*El abstencionista:* El plebiscito es un duelo. ¿Teneis medios de presentaros á ese duelo? El Imperio tiene sus chasespots que hacen milagros. Nosotros no tenemos nada. Si el Imperio tuviera probidad, dejaria á un lado los fusiles. Pero como no la tiene, nos desafia con armas desiguales. No acudais sino cuando esteis armados hasta los dientes, pudiendo rechazar la fuerza con la fuerza.

*Otro abstencionista:* Votemos aunque sea inconstitucional, por la República.

*Una voz:* Eso no es práctico.

*Otra voz:* Ni posible.

*Un orador:* El Imperio ha molestado á los chinos por complacer á los jesuitas que no pueden tolerar el magnífico espectáculo de un pueblo sin religion en el mundo.

*Otro orador:* Yo os diré las causas de todas las guerras del Imperio. Nadie negará que la guerra gasta los uniformes; nadie que los uniformes destrozados necesitan reemplazo, nadie que el reemplazo vale mucho dinero. Pues se le manda á Godillot proveer de uniformes al ejército, y se reparten los beneficios y las ganancias.

*Un clubista de Clichy:* Tengo la voz casi extinguida. Pero no me importa. Aun me queda bastante para decir que el plebiscito ha salido de una cabeza infecta.

*Otro clubista:* Dejémonos de retóricas, digamos la verdad, toda la verdad. El Imperio es un gobierno de ladrones.

*El Comisario de policia:* Señores, despues de oidas las anteriores palabras, declaro en nombre de la ley disuelta la reunion.

*Voces numerosísimas:* Fuera el comisario:

Está en su derecho, en su completo derecho el orador. No nos vamos, no queremos irnos.

*El Presidente:* Ruego á la reunion que se calme. Y ruego al Señor Comisario que medite su resolucion y la revoque.

*El Comisario:* Yo no puedo consentir que la reunion continúe si no tengo la seguridad de que no habrán de repetirse tales palabras. (*Vuelve á sentarse.*)

*El clubista:* He sido grosero, lo confieso y lo siento. Pero si el Imperio no es un gobierno de ladrones (*Muchas voces: de ladrones y de asesinos*) es á lo ménos un gobierno de gente maligna.

*Mr. Humbert:* Vengo de hablar con Rochefort.

*Un grito atronador:* Viva Rochefort. Viva Rochefort.

*Mr. Humbert:* Rochefort esta profundamente conmovido por vuestras manifestaciones de entusiasmo. Pero cree de su deber explicar la aparente contradiccion que existe entre sus opiniones tan decididas por el retraimiento y su carácter de diputado. En tesis general, Mr. Rochefort no está por la abstencion. Cuando se trate de reemplazar á los poltrones de la Cámara con diputados como Flourens y Megy, de ninguna manera aconsejará al pueblo el retraimiento. ¿Mas para qué votar tratándose de un plebiscito? ¿Se irá el gobierno si se vota no? El plebiscito le da náuseas á Rochefort. (*Ruidosos aplausos. Generales aclamaciones. Vivas repetidísimos á Rochefort.*)

En la reunion de la calle de Levis el público ocupa vastísimo local que se asemeja á la estacion de un ferro-carril. Nada de bancos. Hubo quien dividió los oradores en oradores que hablan de pié, y oradores que hablan sentados. De hoy en adelante, dividiremos los públicos en públicos de pié y públicos sentados.

*Mr. Lissagaray:* (Presidente). Ciudadanos: vamos á discutir problemas indudablemente graves, y ligados al porvenir de nuestra pa-

B.

tria. El gobierno, ya en sus postrimerías, ha descubierto muy oportunamente una conspiracion de la misma familia que las anteriormente descubiertas. Miembros de la Internacional han sido presos. No se perdona medio de aterrar á las poblaciones de suyo asustadizas. No sirvamos al poder con nuestras locuras y nuestras intemperancias.

*Varios oyentes:* Señor presidente, hace un calor infernal. Nos ahogamos.

*Mr. Lissagaray:* Consolaos pensando que el sudor de las reuniones públicas, es tan saludable como el sudor de los talleres. Aquel es el sudor del trabajo; este es el sudor de la libertad.

*Mr. Allou-Shée:* Lo más sencillo y lo más fácil es el voto negativo. Los retraidos no son jamás contados. Al votarse el acta adicional de mil ochocientos quince hubo cuatro millo- nes de ciudadanos que abrazaron la abstencion. Nadie los tuvo para nada en cuenta. Nadie pesó sus votos. Protestemos contra esa constitucion que reserva al Emperador el derecho de apelar al pueblo; grande inconsecuencia, como si al reo se le consintiera el derecho de convocar al tribunal que habrá de juzgarlo. Protestemos contra la facultad de declarar la guerra, que no debe tener un solo hombre, sino todo el pueblo. Protestemos contra el voto de los soldados en los cuarteles.

*Mr. Duprat:* (*aplausos y rumores.*) Examinemos las varias maneras de hacer oposicion al plebiscito. Hay la abstencion pura y simple, que es un suicidio. Hay el voto inconstitucional, que es una abstencion disfrazada. El voto negativo resuelve sencillamente el proceder saludable á la democracia y necesario en estos supremos instantes. Si París y todas las grandes ciudades votan no, el Imperio no podrá en manera alguna sostenerse. El voto de los campos, es un voto sin valor. Decid no, y sólo quedará en Francia un Emperador rural. (*Risas y aplausos.*)

*Mr. Lefrançais:* Yo no aplaudo, porque yo